

MANUEL PELLICER CATALAN

(Sevilla)

**ORIGENES DEL URBANISMO Y DE LAS NECROPOLIS
TUMULARES DE INCINERACION DEL VALLE MEDIO
DEL EBRO**

Frente a la clásica y anticuada teoría de la total indoeuropeización, celtización o hallstattización de la Península Ibérica y especialmente del Valle del Ebro en los inicios del I milenio a. C., con los conocimientos arqueológicos de que hoy disponemos, se impone una reacción, poniendo en su justo medio el sentido de la aportación ultrapirenaica y revalorizando el sustrato indígena tan marginado, sin dejar de olvidar, incluso, el influjo orientalizante, que fue decisivo en la formación del hierro hispano. Se ha olvidado la intensidad y fuerza expansiva de la gran cultura del bronce final de la Meseta del bronce valenciano, y la impetuosa corriente semita oriental, fuertemente arraigada en las costas andaluzas desde inicios del siglo VIII a. C. La causa no ha sido otra que el desconocimiento que de estos dos fenómenos se tenía hasta hace muy pocos años.

La escasez de investigaciones planificadas obliga a que las cartas de distribución de elementos, como pueden ser los túmulos, la incineración, el habitat, cerámicas excisas, de boquique, acanaladas, los motivos decorativos, las formas cerámicas, la metalistería, etc., aparezcan con grandes lagunas, que naturalmente, inducen a error.

El problema del bronce final-hierro del nordeste sigue explicado todavía según las teorías de P. Bosch, M. Almagro, J. Martínez Santa

Olalla y un largo etcétera (1). En la protohistoria del nordeste hispano se está siguiendo la misma línea de hace medio siglo, limitándonos a cambiar etiquetas y a modificar las cronologías según la moda reinante en el exterior y basándonos generalmente en algún elemento aislado cerámico o metálico con analogías forzadas y lejanas, sin analizar los contextos. Incomprensiblemente, la última estratigrafía completa, la de la Pedrera de Vallfogona de Balaguer, fue publicada por J. Maluquer hace más de veinte años (2).

El concepto de campos de urnas defendido por W. Kimmig y posteriormente por R. P. Charles (3), en España resulta ambiguo, porque las incineraciones del Segre y del sur del Ebro presentan formas tumulares muy específicas y muy dispares con relación a lo renano y a lo francés (fig. 1: A y B). El concepto celta es más bien lingüístico y sin ningún contenido antes del siglo VI a. C.

P. Bosch prestaba singular atención a la tipología de las plantas de los poblados del Bajo Aragón, teniendo también presentes, pero en segundo término, los materiales cerámicos y metálicos. Desgraciadamente en los años diez y veinte se excavaron demasiados yacimientos por manos inexpertas, que proporcionaron la mayor parte de los elementos revueltos, sin claro contexto y deficientemente publicados, que han servido de materia prima para las periodizaciones y cronologías actuales, sin advertir posibles estratigrafías en los poblados excavados.

Esta aparente ausencia de estratigrafías hizo pensar a P. Bosch en la corta vida de los poblados del Bajo Aragón, que apenas sobrevivirían un siglo, idea ésta actualmente cuestionada por G. Ruiz Zapatero

(1) P. BOSCH GIMPERA: «Les celtes et la civilisation des urnes en Espagne». *Préhistoire*, VIII, Paris, 1941, págs. 121-151.

J. PEREZ DE BARRADAS: «Notas prehistóricas. II. La primera invasión celta en la Meseta Central de España». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XIII, Madrid, 1934, págs. 223-228.

M. ALMAGRO BASCH: «La invasión céltica en España», en «Historia de España» dirigida por R. MENENDEZ PIDAL, tomo I, volumen II, Madrid, 1952, págs. 141-240.

J. MARTINEZ SANTA-OLALLA: «Esquema paleontológico de la Península Hispánica». Madrid, 1946.

(2) J. MALUQUER DE MOTES, A. M. MUÑOZ AMILIBIA y F. BLASCO: «Cata estratigráfica en el poblado de La Pedrera, en Vallfogona de Balaguer». *Zephyrus*, X, Salamanca, 1959, págs. 5-79.

(3) W. KIMMIG: «Zur Urnenfelderkultur in Westeuropa». *Festschrift für Peter Goessler*, Stuttgart, 1954, págs. 41-98.

R. P. CHARLES: «Problèmes de chronologie méditerranéenne». *Cahiers Ligures de Préhistoire et Archéologie*, 12, Montpellier, 1963, págs. 181-204.

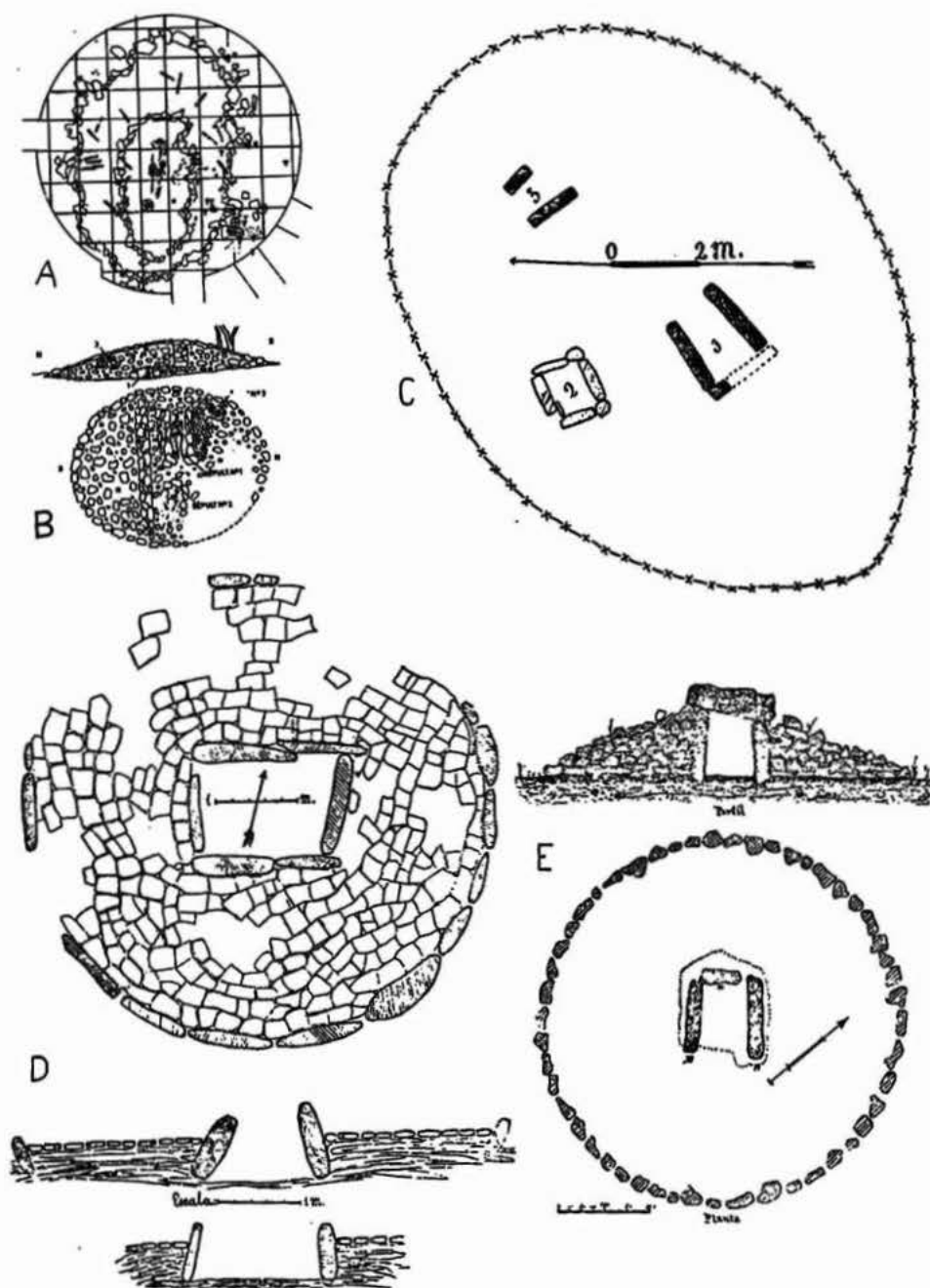


Fig. 1.—Túmulos de inhumación franceses y pirenaicos
 A) Túmulo I de Chaffois (Jura). S. VII-VI. (Según Millotte.)
 B) Túmulo de Plan d'Aups (Provenza). S. VII. (Según Lagrand.)
 C) Túmulo con varias cistas de Coll de Creus (Gabarras). (Tradicción céltica). (Según Serra Vilaró.)
 D) Túmulo con cista central del Bressol de la Mare de Déu (Correa). Bronce reciente. (Según Serra Vilaró.)
 E) Túmulo dolménico del Llagunás (Figols). (Según Serra Vilaró.)

en su estudio sobre el Roquizal del Rullo y por J. Eiroa en el suyo sobre la Loma de los Brunos de Caspe (4), estableciendo fases con una gama cronológica, a nuestro parecer, demasiado amplia y con inicios demasiado arcaicos.

El poblado de Zaforas de Caspe (5), análogo y coetáneo del Cabezo de Monleón (6), apenas sobrepasó el siglo, con abundante cerámica excisa en un contexto homogéneo, fechable en los siglos VIII-VII, no pudiendo enmarcarse en el período II de M. Almagro Gorbea (7), cuya cronología asignada es de hacia el 1000 a. C., con perduraciones en su período V, finalizado en el 600 a. C.

Si contemplamos la topografía del nordeste hispano, observaremos que a las zonas donde estas culturas hallstattizantes están más arraigadas y de las que existe mayor documentación, como el Ampurdán, cuencas del Besós y Llobregat, Bajo Aragón y cuenca del Segre, se penetra por varias vías que convendría analizar.

Cataluña oriental está unida con el Rosellón y Languedoc por los suaves pasos de Cervère y Le Perthus, desde donde fácilmente se llega al Bajo Ebro a través de las zonas relativamente llanas del Ampurdán, Maresma, Panadés y Priorato, y a la cuenca del Segre a través de la depresión central catalana. Otra vía de penetración pirenaica desde el Rosellón es la que por la Cerdaña alcanza el valle del Segre, entendiendo como tal valle también las cuencas del Noguera, Cinca, Alcanadre y Flumen, prosiguiendo hacia el Ebro y sobrepasándolo por el Bajo Aragón. Paralela a esta vía del alto Segre, está desde los Pirineos franceses, la del Garona por el valle de Arán, para seguir la vía del Noguera Ribagorzana hacia el bajo Segre.

Otra vía opuesta es la del Ebro y de sus afluentes meridionales que conectan con la Meseta, cuya avanzadilla septentrional de la cultura

(4) G. RUIZ ZAPATERO: «El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los campos de urnas del Bajo Aragón». *Trabajos de Prehistoria*, 36. Madrid, 1979, págs. 247-287.

J. J. EIROA GARCIA: «La Loma de los Brunos y los campos de urnas del Bajo Aragón». Zaragoza, 1982.

(5) M. PELLICER CATALAN: «Zaforas, nuevo yacimiento con cerámica excisa, en Caspe». *Crónica del V Congreso Arqueológico Nacional* (Zaragoza, 1957), Zaragoza, 1959, págs. 138-156.

(6) A. BELTRAN MARTINEZ: «El Bronce Final y la Edad del Hierro en el Bajo Aragón», en «Prehistoria del Bajo Aragón», por M. ALMAGRO BASCH, A. BELTRAN MARTINEZ y E. RIPOLL PERELLO, Zaragoza, 1956, págs. 109-159.

A. BELTRAN MARTINEZ: «La indoeuropeización del Valle del Ebro». *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica* (Pamplona, 1959), Pamplona, 1960, págs. 103-124.

(7) M. ALMAGRO GORBEA: «El Pic dels Corbs de Sagunto y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica». *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 12, Valencia, 1977, págs. 89-144.

de Cogotas I estará en Alava, Rioja y Soria, jugando especial papel los valles del Jalón y del Jiloca, que vencen la barrera del Sistema Ibérico hacia el Ebro medio y Bajo Aragón. Otra vía es la de Levante, que por el sur del Ebro penetra hacia el Bajo Aragón. La intensidad de penetración por estas vías no ha sido uniforme, siendo el sentido doble, con flujos y reflujos, muy especialmente en la vía del Ebro.

En el calcolítico y bronce pleno las vías del Segre por el norte y de los afluentes del sur del Ebro por el sur, contribuyeron a la formación de un arcáico sustrato en el Ebro medio, muy mal conocido, excepto por la fase final de los talleres de sílex que estudió E. Vallespí (8). En el bronce final e inicios del hierro el hallstattizante de los incineradores del Languedoc se deja sentir a través de la vía de la costa catalana y de la depresión central catalana hacia el Segre, confluyendo en el Bajo Aragón con la corriente de la Meseta. En la edad del hierro, a fines del siglo VII a. C. o principios del siglo VI a. C. será la corriente orientalizante de las colonias fenicias meridionales la que penetrará por Levante hacia el Bajo Aragón y hacia Cataluña y, posteriormente, en la segunda mitad del siglo VI a. C. esta corriente semita se verá reforzada por la griega procedente de Ampurias.

Las causas del gran despoblamiento del Ebro medio en el calcolítico y bronce pleno y la densidad de población a partir del bronce final-hierro no están bien estudiadas, pero este fenómeno podría atribuirse a la evolución económica de las poblaciones pastoriles del Prepirineo y Pirineo (Cerdaña, Urgel, Pallars y Solsones) en el norte y del Maestrazgo y de las alturas turolenses por el sur, atraídas, con el cambio de clima del subatlántico, más fresco y húmedo, hacia las tierras bajas del valle del Ebro, hacia las cuencas bajas de los ríos Gállego (desconocido), Segre y afluentes de Huesca, Algás, Matarraña, Guadalope, Martín, Aguas, Huerva y Jalón, de grandes posibilidades agrícolas.

Las cuevas y las chozas deleznable de los pastores de altura se mudan en el valle en poblados con casas rectangulares de zócalos de piedra (fig. 2), que nada tienen que ver con el megarón egeo y cuyo origen tampoco hay que buscarlo en el alto Ebro, en poblados como Oro, Henayo, Berbeia, La Hoya, etc., de casas circulares, ni en el Pirineo, ni

(8) E. J. VALLESPÍ PEREZ: «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón. Hacia una seriación de las industrias líticas postpaleolíticas bajoaragonesas». Caesaraugusta, 13-14, Zaragoza, 1959, págs. 7-20.

E. J. VALLESPÍ PEREZ: «Sobre la problemática del Bronce Final y el asentamiento hallstático en el bajo Aragón. El sustrato indígena recipiario de los inmigrantes». Teruel, 26, Teruel, 1961, págs. 247-259.

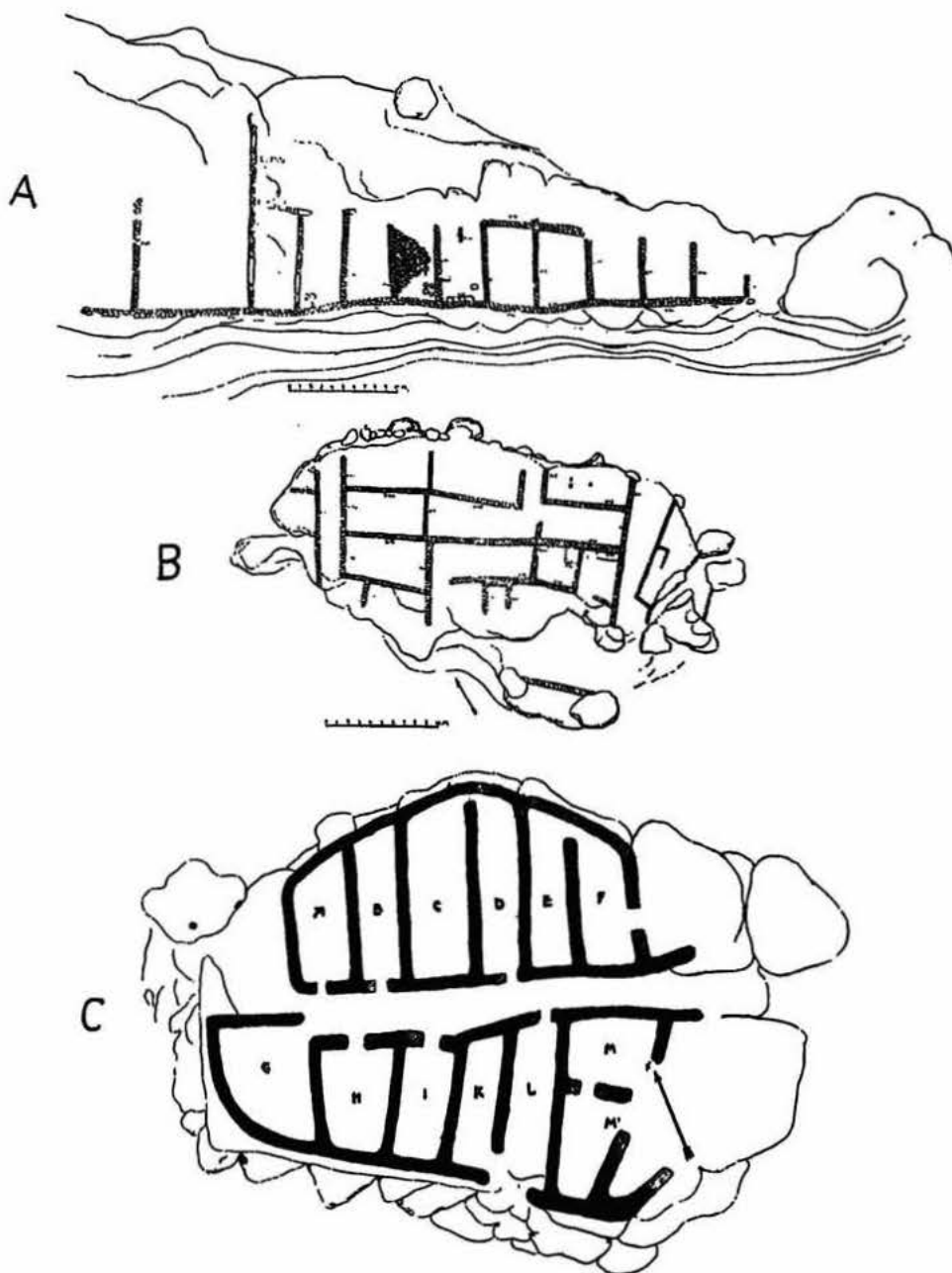


Fig. 2.—Poblados bajoaragoneses del bronce reciente
 A) Las Escodinas Bajas (Mazaleón, Teruel). (Según Bosch.)
 B) Las Escodinas Altas (Mazaleón, Teruel). (Según Bosch.)
 C) La Gessera (Caseres, Tarragona). (Según Bosch.)

en el Languedoc, donde no entra el urbanismo ni la casa rectangular hasta muy tarde, en el mailhaciense I del siglo VII a. C., sino en el bronce valenciano (fig. 3) de viejas raíces en el Argar A del sudeste ibérico. Posiblemente la población calcolítica e, incluso, la del bronce pleno del valle del Ebro, de habitat temporal, disperso y de materiales perecederos, o en abrigo donde no existe la cueva, sería nómada o seminómada pastoril y cazadora, sin que apenas encontremos sus vestigios, si no es en los abrigos pintados, no tanto naturalistas como esquemáticos (Arpán, Lecina, La Fenellosa, etc.) y en el final de los talleres de sílex.

La economía de base eminentemente agrícola de los poblados del bronce final está suficientemente corroborada por la situación de los mismos en puntos elevados, sobre valles o en llano, como el Chermanillo (Huesca), por la abundancia de grandes tinajas decoradas con cordones, por los molinos naviformes y piezas de sílex dentadas para hoz. No parece aceptable la simbiosis, tantas veces defendida, de túmulos-pastoreo por falta de base, aunque se acepte en las garrigas languedocienses. Esta economía cerealística se complementaría con ganadería lanar, con caza (ciervo acanalado en vaso del Cabezo de Monleón), y pesca (anzuelos de hierro en la Loma de los Brunos).

La causa principal del desconcierto y del constante titubeo cronológico de las periodizaciones del bronce final-hierro del nordeste hispano es la escasez de yacimientos estratíficamente estudiados, con que montar un sistema congruente. Efectivamente, la erosión en el valle del Ebro ha sido muy intensa, de tal manera que en muchos poblados aflora la roca en gran parte de su superficie, lo cual no corrobora en absoluto la ausencia de relleno fértil en otros, incomprensiblemente todavía no estudiados.

Hay que agradecer a J. Maluquer que podamos disponer de las dos estratigrafías más aprovechables, el Cerro de la Cruz de Cortes de Navarra y la Pedrera de Vallfogona de Balaguer (9).

El poblado del Cerro de la Cruz de Cortes de Navarra representa un precioso documento estratigráfico en el valle del Ebro con sus cuatro metros de relleno y sus seis fases sucesivas que van del siglo VIII a. C. al siglo IV a. C. De sus diferentes fases, correspondientes a otros tantos poblados superpuestos, la II b es la mejor conocida y la que marca la cronología entre el 650 a. C. y 550 a. C., según J. Maluquer, pose-

(9) J. MALUQUER DE MOTES: «El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra». I, Pamplona, 1954 y II, Pamplona 1958. Véase nota 2.

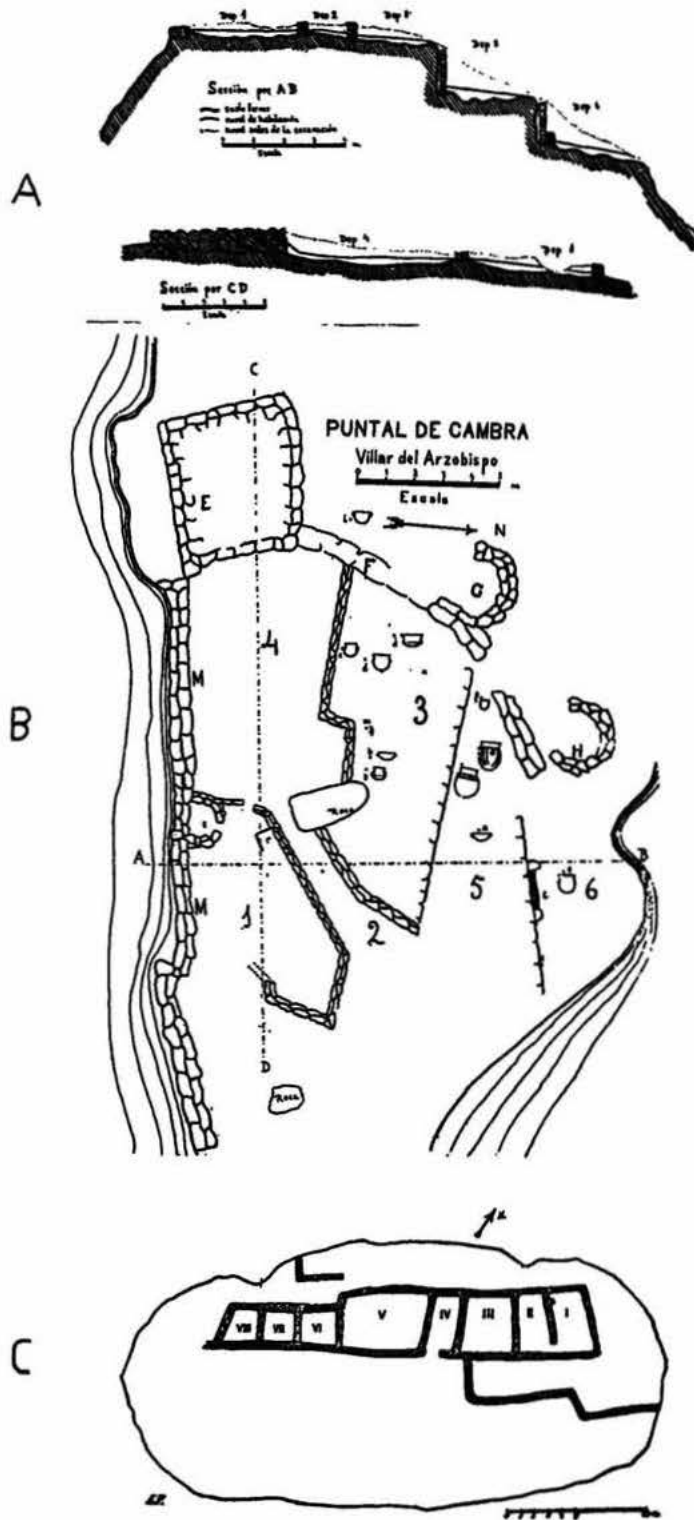


Fig. 3.—Poblados valencianos del bronce pleno
 A y B) Puntal de Cambra (Villar del Arzobispo, Valencia). (Según Alcácer.)
 C) Mas de Menente (Alcoy, Alicante). (Según Pericot y Ponsell.)

yéndose escasos datos de las fases inferiores, III a, III b y II a, lo cual dificulta la asignación de la fecha inicial. Sería tarea urgente la excavación y estudio de una zona de estos poblados inferiores de Cortes de Navarra.

Los inicios, en el poblado III a y III b, fechado por su investigador en la segunda mitad del siglo IX y siglo VIII a. C. y destruido por un incendio, indican el asentamiento de una población que seguirá conservadora en su habitat y economía a través de las fases siguientes, con grandes casas rectangulares de adobes.

El poblado II a, no bien conocido y fechado en la primera mitad del siglo VII a. C., fase de transición al hierro, continúa con la tradición del habitat anterior, presentando las casas zócalo de piedras, que sustentan el muro de adobes y apareciendo la muralla, también de adobes, defensiva del poblado.

El poblado II b, fechado desde la mitad del siglo VII a la mitad del siglo VI a. C., final que yo colocaría en este siglo avanzado, también incendiado, se conoce en todos sus detalles con sus murallas, casas rectangulares dotadas de vestíbulo y almacén, bancos, hogares, hornos y muros de adobes estucados y con pintura mural en el interior, representando el mismo ambiente y género de vida que anteriormente.

El poblado I a, fechado entre finales del siglo VI y mediados del siglo V a. C., continúa con el mismo tipo de habitat con la modalidad de enterramientos infantiles bajo las casas y representa la introducción de las primeras cerámicas a torno, que preludian el posthallstattiano y la plena metalurgia del hierro.

El yacimiento de Cortes termina con el poblado I b hacia mediados del siglo IV a. C., cuya necrópolis de incineración se localiza en la Atalaya de Valtierra.

La Pedrera de Valfogona de Balaguer es fundamental para el estudio del Segre, del Bajo Aragón y de la Baja Cataluña. Con una potencia estratigráfica de más de 5 metros, J. Maluquer distinguió nueve estratos, con una cronología inicial de fines del siglo IX o principios del siglo VIII a. C., como el cerro de la Cruz de Cortes, y un momento final en las postrimerías del siglo III o inicios del siglo II a. C. con la romanización.

De los dos estratos inferiores, el IX y el VIII, no disponemos de datos sobre urbanismo, pero sí, en cambio, del estrato VII, donde se corrobora la presencia de la casa de mampostería y planta rectangular en un contexto análogo al del horizonte anterior con cerámicas acanaladas, pero con la introducción de los vasos con pie, típicos del Languedoc a partir de Mailhac I, lo cual induce a fechar dentro del siglo VII a. C. y más bien en su segunda mitad.

El poblado de Vinarragell de Burriana (10) se caracteriza por su bajo emplazamiento, detalle topográfico, que, al no tenerse en cuenta, ha ocasionado la no localización de otros poblados preibéricos en Cataluña y Levante.

El interés de las estratigrafías de Vinarragell, de 3'50 metros de potencia, comprendiendo 16 niveles, radica en que el horizonte orientalizante, del siglo VII a. C. avanzado, se inmerge en este mundo del bronce final-hierro, débilmente hallstattizante, que ha proporcionado preciosas cronologías, que no dejan de afectar a los esquemas del Ebro y Cataluña, con la introducción de nuevas técnicas constructivas de plantas rectangulares con zócalos de piedra y muros de adobes, cerámicas a torno pintadas, hornos circulares y probablemente el hierro.

A través de la estratigrafía pueden distinguirse en Vinarragell cinco fases u horizontes culturales.

La fase I es del bronce final, de los niveles P-L de los cortes I y II de 1967, III de 1968, niveles H-C del sondeo I y K-I del sondeo II, con una cronología del siglo VIII a. C. según el contexto de cerámicas bruñidas, acanaladas, incisas y excisas de rombos rayados, con formas carenadas y cuencos abiertos y, por otra parte, de cerámicas toscas de cordones con impresiones digitales, siendo el adobe la técnica típica de las construcciones de planta circular.

La fase II corresponde al momento de transición entre el bronce final y el orientalizante, de los niveles K-J del corte I de 1967 y H-G del sondeo II, con un contexto fechable en la primera mitad del siglo VII a. C., en que continúan las cerámicas a mano bruñidas con decoraciones acanaladas e incisas y toscas de cordones, haciendo su débil aparición los útiles de hierro y las cerámicas a torno.

La fase III corresponde al orientalizante de los niveles I'-E de los cortes I de 1967 y II y III de 1968, B del sondeo I y F-E del sondeo II, con una cronología entre mediados del siglo VI a. C., según su contexto, en que prosiguen las cerámicas a mano bruñidas con decoraciones incisas, excisas, pintadas y toscos cordones, siendo cada vez más frecuentes las cerámicas a torno orientalizantes de importación, al parecer, andaluza con formas de ánfora de transporte y grandes jarras pintadas de asas dobles, que fechan con cierta precisión, estando pre-

(10) N. MESADO OLIVER: «Vinarragell (Burriana-Castellón)». Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 46, Valencia, 1974.

sente el hierro y apareciendo las construcciones de zócalo de cantos rodados y muro de adobes, de plantas rectangulares, junto con murallas defensivas.

Ante este rápido bosquejo conviene advertir que en los inicios del poblamiento de Vinarragell, hacia el 800 a. C. (fase I), las construcciones son de adobe y de planta circular, detalle que coincide con el sudeste (Peña Negra de Crevillente, Albolodúy, etc.) (11) y con el sur (Galera, Quemados, Ategua, Carmona, Lebrija, etc.) (12).

Según la distribución de los pocos yacimientos conocidos del II milenio a. C. en las zonas bajas del nordeste, el poblamiento era disperso y verdaderamente escaso, concentrándose la reserva humana y, en consecuencia, la cultura en las zonas altas. En el Pirineo el habitat preferido es la cueva y el enterramiento, en dolmen o en cueva, mientras que en el Sistema Ibérico va apareciendo el habitat al aire libre en defecto de la cueva, que también sirve de enterramiento de inhumación colectiva, como en Levante. Sería imposible entrar en detalles sobre los yacimientos del bronce pleno del Segre, Alcanadre, Cinca, del Bajo Aragón y Tarragona, porque las noticias arqueológicas son muy vagas, siendo un horizonte que necesita una seria investigación.

Un grave problema surge cuando intentamos relacionar los túmulos del Segre y del Bajo Aragón (fig. 4) con los de Aquitania, Languedoc, Provenza y Jura (fig. 1: A y B), supuestamente originarios de aquí, pero las diferencias dimensionales, estructurales, cronológicas y geográficas obligan a reconsiderar la teoría, para dirigir las raíces hacia el megalitismo pirenaico arcaizante, que evoluciona hacia la cista de inhumación individual (fig. 1: C, D y E), posteriormente, de incineración, con anillo de piedras y enlosado, como sucede en los conjuntos

(11) A. GONZALEZ PRATS: «Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)». Anejo I de la revista «Lycentvm», Universidad de Alicante, 1983.

C. MARTINEZ y M. C. BOTELLA: «El Peñón de la Reina (Albolodúy, Almería)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 112, Madrid, 1980.

(12) M. PELLICER CATALAN y W. SCHÜLE: «El Cerro del Real, Galera (Granada)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 12, Madrid, 1962, y «El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 52, Madrid, 1966.

J. M.ª LUZON NOGUE y D. RUIZ MATA: «Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados». Córdoba, 1973.

A. BLANCO FRELJEIRO, J. M.ª LUZON NOGUE y D. RUIZ MATA: «Panorama tartésico en Andalucía Occidental». Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera, septiembre 1968), Barcelona, 1969, págs. 119-162.

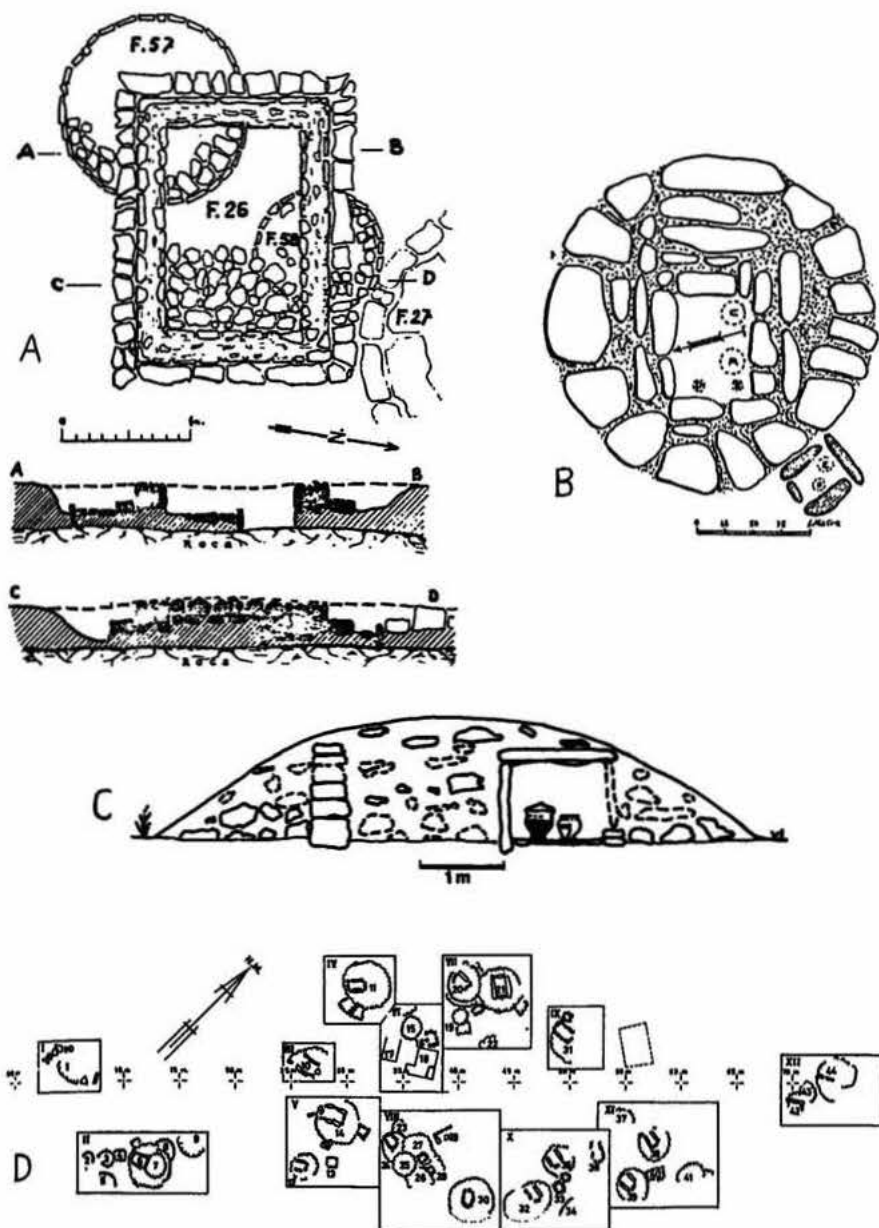


Fig. 4.—Túmulos de incineración del Ebro Medio

- A) Túmulos circulares y rectangulares de los Roques de Sant Formatge. (Serós, Lérida). S. VII-VI. (Según Díez Coronel.)
 B) Túmulo de Mas de Flandi (Calaceite, Teruel). S. VI. (Según Bosch.)
 C) Túmulo de San Cristóbal (Mazaleón, Teruel). S. VI. (Según Tomás.)
 D) Necrópolis tumular del Coll del Moro (Gandesa, Tarragona). S. VII-VI. (Según Berges.)

del valle de Arán (13), sin que se pierdan de vista los núcleos de cistas de inhumación, frecuentemente individuales del bronce medio y final de las comarcas de Pallars, Cerdaña, Urgel y Solsona, de que después hablaremos (14). La inhumación es el rito funerario de sustrato en el nordeste, perviviendo durante el bronce final en las cuevas catalanas y en las zonas occidentales del valle del Ebro, hasta el siglo VI, en que la incineración se generaliza.

Siguiendo viejas y clásicas teorías, *los túmulos* del Segre y del Bajo Aragón se engloban en ese complejo mundo de la cultura de los túmulos de origen centroeuropeo, bronce antiguo de Straubing, que en su expansión alcanzaban Francia, llegando a España, pero esa concepción simplista del hallstatt hispano no resiste un análisis serio de nuestros grupos tumulares, ni siquiera de los del Segre y Bajo Aragón, los más próximos a Francia.

En primer lugar, los túmulos alsacianos de Hagenau (15), con inhumaciones e incineraciones indistintamente, se inician en el bronce medio (1600-1300 a. C.), prosiguiendo en el bronce final I y II a (1200-1000 a. C.). En el bronce final II b desaparecen, para reaparecer en el bronce final III con inhumaciones, a partir del siglo IX a. C. Al sur de Hagenau, el de Doubs, los túmulos de Chaveria (Jura) (16) (fig. 3: A), englobados en el círculo de Borgoña y derivados, al parecer, de los túmulos bávaros, con una cronología entre el 750 y el 600 a. C. y estimados como antecedente de los hispanos, no pueden serlo, porque su estructura de tierra y sus grandes dimensiones de 20 metros de diámetro no guardan analogías con aquellos.

Un caso análogo sucede con los túmulos de las garrigas del Languedoc, constituidos por un montón de piedras con diámetros entre 8 y 15 metros, bajo el que se oculta una incineración o inhumación, con una cronología desde fines del siglo VII hasta fines del siglo VI a. C., de

(13) J. ROVIRA PORT: «La penetració durant el Bronze Final de les influències Nord-pirenènques cap a l'interior de Catalunya i el seu impacte». En «Els pobles pre-romans del Pirineu», 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978, págs. 69-82.

J. ROVIRA PORT: «El Bronze Final a la vessant Sud del Pirineu Català», en «Els pobles pre-romans del Pirineu», 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978, págs. 47-56.

L. DIEZ-CORONEL MONTULL: «Una sepultura del Bronze en Viella (Lérida)». Miscelánea Arqueológica, I, Barcelona, 1974, págs. 303-309.

(14) L. PERICOT GARCIA: «Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica», 2.ª edición. Barcelona, 1950, págs. 36-51.

(15) C. SCHAEFFER: «Les tertres funéraires préhistoriques dans la forêt d'Hagenau». T. II, «Les tumuli de l'âge du fer». Haguenau, 1930.

(16) D. VUAILLAT: «La nécropole tumulaire de Chavéria (Jura)». Annales Littéraires de l'Université de Besançon, Archéologie, 28, París, 1977, pág. 137.

tal manera que ni por su estructura, ni dimensiones, ni por su cronología pueden considerarse prototipos de los túmulos del nordeste hispano. La forma más común de los túmulos del Segre y del Bajo Aragón (fig. 4), siempre de incineración, consiste en un anillo de piedras clavadas de canto, con un diámetro que oscila entre 2 y 5 metros, con una cista rectangular central o excéntrica, que no llega apenas al metro de lado mayor, estando todo el conjunto cubierto por una capa de tierra y piedras, formando en ocasiones como un enlosado.

Además de los grupos tumulares citados, se conocen otros en Les Causes (departamentos de Aveyron, Lot, Tarn, Cantal y Lozère) y en los Pirineos, tanto franceses (Alto Garona, Ariège), como españoles (valle de Arán), que se inician muy tempranamente, ya en el calcolítico, prosiguiendo en el bronce y perviviendo en zonas retardatarias hasta la época de La Tène. Todos ellos tienen unas características comunes respecto al tamaño, entre 1 y 10 metros de diámetro y respecto a su estructura empedrada, siendo frecuente la cista, derivación de la dolménica. Desde el valle de Arán hacia el oeste, según J. P. Mohen (17), se constata la incineración a partir del bronce final III (siglo IX a. C.). En el valle de Arán los túmulos de Pic de Baqueira, circulares, con cista central y de incineración no pueden ser más tentadores para relacionarlos tanto con el resto de los franceses pirenaicos, como con los españoles del Segre. Lamentablemente de estos túmulos franceses disponemos de escasos datos por sus expoliaciones, excavaciones inexpertas nunca o mal publicadas y por la pobreza de los materiales entregados.

No se pueden olvidar aquí los grupos considerados dolménicos de la vertiente meridional del Pirineo de las comarcas de la Cerdaña, Alto Urgel, Pallars y del Solsonés (fig. 1: C, D y E), estudiados y sintetizados por L. Pericot, del bronce pleno, donde parecen percibirse las raíces de los túmulos del Segre y del Bajo Aragón, si comparamos sus estructuras y dimensiones. En Pallars se conocen una docena, en el Alto Urgel y Cerdaña más de medio centenar y en el Solsonés una cifra aproximada (18).

(17) J. P. MOHEN: «L'âge du fer en Aquitanie». *Memoires de la Société Préhistorique Française*, 14, París, 1980, pág. 112.

M. GOURDON: «Les tumulus de Pla de Beret, Vallée d'Aran (Espagne)», en *Materiaux pour l'Histoire de l'Homme*, París, 1978, págs. 130-131.

(18) L. PERICOT GARCIA: Op. cit. en la nota 14.

J. PADRO PARCERISA: «Consideracions sobre els enterraments de l'Edat del Bronze a la Cerdanya». *Cypsela*, I, Girona, 1976, págs. 91-97.

Aunque existe variedad de estructuras, es un hecho ya constatado por L. Pericot y J. Maluquer (19), el predominio de la cista pequeña, que apenas llega al metro en ciertos ejemplares, como las supuestas derivadas de Pedrós, Roques de Sant Formatge, Cascarujo, Loma de los Brunos y Coll del Moro de Gandesa (20) (fig. 4).

Los túmulos con cista megalíticos tienen un diámetro entre 5 y 11 metros, rodeados de anillo de piedras clavadas, presentando algunos (Bressol de la Mare de Deu de Correá) (fig. 1: D) el enlosado típico de ciertos ejemplares del Ebro. Incluso, como en el Ebro y por pura convergencia, el túmulo dolménico en ocasiones adquiere la planta rectangular (Cal Conill Gros, Cal Pallot, Llorenç, Castellnou de Basella, Serrat dels Moros). El rito general es de inhumación y tendencia individual, por las pequeñas dimensiones de la cista y por los hallazgos antropológicos, que se reducen a uno o dos individuos. El ajuar funerario lo sitúa en un horizonte del bronce pleno con pervivencias calcolíticas, debiéndose destacar algún fragmento de campaniforme, cerámica lisa, incisa, tosca de cordones, formas de vasos carenados, asas de apéndice de botón, agujas y pulseras de bronce, cuentas de concha y de esteatita, láminas y otras piezas de sílex.

No deja de ser interesante la larga pervivencia de estas cistas, corroborada por la presencia de cerámicas hallstattizantes en sepulcros como Codonyet de Bergueda o tumba del General en el Solsonés, bordes decorados con impresiones digitales, fechados en el bronce

J. PADRO PARCERISA, J. ABELANET y M. CURA MORERA: «Sepulcros megalíticos de la Cerdanya y del Capcir». *Corpus de Sepulcros Megalíticos de España*, 8, Barcelona, 1975.

M. CURA MORERA, A. M. FERRAN, J. PADRO PARCERISA y J. MALUQUER DE MOTES: «Los sepulcros megalíticos de Cortiuda (Peramola, Alt Urgell)». *Pirineos*, 102, Jaca, 1971, págs. 93-99.

(19) J. MALUQUER DE MOTES: «Las culturas hallstáticas en Cataluña». *Ampurias*, VII-VIII, Barcelona, 1946, págs. 115-184.

(20) J. L. MAYA GONZALEZ: «Las necrópolis tumulares ilerdensas», en «Els pobles pre-romans del Pirineu», 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978, págs. 83-96.

J. L. MAYA GONZALEZ, L. DIEZ-CORONEL MONTULL y A. PUJOL: «La necrópolis tumular de incineración de Pedrós, Serós (Lérida)». *Crónica del XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, págs. 611-622.

R. PITA MERCE y L. DIEZ-CORONEL MONTULL: «La necrópolis de Roques de Sant Formatge en Serós (Lérida)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 59, Madrid, 1968.

J. TOMAS MAIGI: «Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica». *Caesaraugusta*, XIII-XIV, Zaragoza, 1959, págs. 79-127, y *Caesaraugusta*, XV-XVI, Zaragoza, 1960, págs. 41-87.

A. BRUHL: «Excavaciones en el Cabezo del Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)». *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 121, Madrid, 1932.

J. J. EIROA GARCÍA: Op. cit. en la nota 4.

M. FERRER MORRÓN: «Necrópolis del Coll del Moro, Gandesa». *Les Excavacions Arqueològiques a Catalunya en els darrers anys, Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 1, Barcelona, 1982, págs. 238-241.

final en el poblado de Sant Feliú de Llo (21), en Cerdaña, asas de apéndice de botón análogas a las del Segre y Bajo Aragón, sin que pueda pasarse por alto la fecha de 660 a. C., de C 14, de la cista de la Fossa del Moro del Coll d'en Bertrán de Cortiuda (Peramola) en el Alto Urgel (22).

Un caso anómalo, por la ausencia de túmulos intermedios, es el grupo tumular de incineración del Corral de Mola (Uncastillo) (23) con anillos concéntricos, empedrados y con interesante ajuar funerario de bronce, fechables en la segunda mitad del siglo VII y principios del siglo VI a. C.

Por sus características singulares, justo sería concluir, primeramente en la autoctonía de los túmulos del Pirineo, en el sentido de ausencia de relación de origen con los grupos renanos, franceses orientales y del Languedoc, y en segundo lugar en su carácter prototípico con respecto a los túmulos del Bajo Segre y Bajo Aragón, que cambiaron el rito de la inhumación por la superposición de la incineración hallstattizante, a la vez que simultáneamente recibían otros elementos culturales de esta corriente.

Frente al panceltismo hispano de los años cuarenta (24), podría abogarse por un autoctonismo, modificado por influencias y corrientes, hallstattizantes primero, y orientalizantes después. Es decir, aquellas teorías que negaban la entidad ibera como pueblo y como cultura, porque la raíz era considerada celta, podría cristalizarse ahora en otra visión más convincente, interpretada por simples fenómenos de aculturación. Existiría un sustrato étnico y cultural, todavía no bien definido, sobre el que incide una corriente hallstattizante del bronce final del Languedoc (hacia el 800 a. C.) mezclada con otros elementos de tradición del bronce medio, y cuando todavía perdura ésta, sobrevienen otras dos, orientalizantes, semita meridional (fines del siglo VII a. C.) y griega ampuritana (mitad del siglo VI a. C.) que, por su superioridad cultural e intensidad abortan a la primera, más arcaica y pobre, creando el fenómeno o cultura ibérica, desde fines del siglo VI a. C. A su vez, desde este momento de finales del siglo VI a. C., el área hispana no mediterránea va celtizándose por intensos aportes, tanto étnicos como culturales, a través del Pirineo occidental, configuran-

(21) P. CAPMAJO: «Le site de Lló». *Cypsela*, 1, Girona, 1976, págs. 83-90.

(22) Véase nota 18.

(23) M. BELTRAN LLORIS: «Teoría del Museo, II. El Museo Provincial de Zaragoza (1974-1978)». *Caesaraugusta*, 45-46, Zaragoza, 1978.

(24) Véase la nota 1.

dose el mundo celtibérico de Cogotas II, la edad del hierro propiamente dicha.

Los campos de urnas se generalizan con gran fuerza expansiva muy tempranamente en el bronce medio centroeuropeo con el nuevo rito funerario de la incineración que se impone en el hallstatt A (1200-1100 a. C.).

En la Península Ibérica este rito, exceptuando algunos ejemplos esporádicos del megalitismo de Andalucía oriental, de los Husos alaveses y, al parecer, de algunas mámoas gallegas, no es normal hasta el hallstattizante por el nordeste y hasta el orientalizante por el sur. Estas dos corrientes incineradoras, ultrapirenaica y oriental, sensiblemente coetáneas, van penetrando hacia la Meseta, hasta generalizarse a partir de mediados del siglo VI a. C. con Cogotas II, cuando ya ha desaparecido en este horizonte la cerámica excisa.

En Navarra y Rioja no arraiga la incineración hasta muy tarde, hacia el final del siglo VI a. C. en adelante (La Atalaya del Valtierra) (25). En Alava el origen de la incineración en cueva está muy confuso por el carácter removido de los estratos de algunas cuevas excavadas (26), iniciándose antes, al parecer en los hoyos de incineración, silos o basureros. La incineración comienza por la corriente languedociense en el Ampurdán y Cataluña oriental con la modalidad de campos de urnas y en el Segre y Bajo Aragón con la de los túmulos, siendo curioso que los túmulos del Segre aparezcan, hasta el presente, sólo al sur de Balaguer y Almenar hasta la desembocadura de este río en el Ebro (Castellet de Mequinenza), con intrusiones por los afluentes orientales, Cinca, Alcanadre, Flumen, hasta los Castellazos de Robles (Huesca) y traspasando el Gállego hasta el Corral de la Mora (Cinco Villas) y, por supuesto, en todo el Bajo Aragón hasta el Coll del Moro de Gandesa (27).

Observando un mapa de distribución de la incineración en el sur de Francia y en el nordeste hispano, da, efectivamente, la sensación de que este rito penetra por el Ampurdán, siguiendo la clásica doble trayectoria de vías naturales, una a través de la depresión central catalana hacia el valle inferior del Segre y otra, paralela y al sur de ella, por

(25) J. MALUQUER DE MOTES y L. VAZQUEZ DE PARGA: «Avance del estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra». Príncipe de Viana, LXV, Pamplona, 1956, págs. 389-454.

(26) A. LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE: «El rito de incineración en el País Vasco-Navarro». Crónica del XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968), Zaragoza, 1970, págs. 349-357.

(27) Véanse las notas 20 y 23.

la costa catalana hacia el bajo Ebro, separadas ambas por los macizos montañosos del Montseny, San Lorenzo, Montserrat, Queralt y Montsant. Remontando el Ebro, penetrará en el Sistema Ibérico y en la Meseta.

Resultan incomprensibles las altas fechas que se aplican a las incineraciones, supuestas más arcaicas del nordeste, como Can Misert de Tarrasa (28), con una cronología de fines del II milenio para sus inicios, siendo así que en el Languedoc occidental, de donde parece originario el rito, comienza éste en la fase Mailhac I (750-650 a. C.), según O. Taffanel (29), de la necrópolis de Le Moulin y Las Fados, coetáneas a Agullana I. Guilaine intenta solucionar el problema haciendo corresponder las primeras incineraciones del Languedoc occidental con el bronce final III A o campos de urnas II de Kimmig (1000-800 a. C.), como si se tratase de pequeños grupos arcaicos y esporádicos de incineradores, que habitan las zonas altas (30). Está constatado que la incineración en Languedoc se generaliza en la fase 3 de Taffanel, bien representada en la necrópolis de Grand Bassin I (650-550 a. C.). Estos datos, corroborados en el Languedoc, obligan necesariamente a ser prudentes en la utilización de las altas cronologías aplicadas a ciertas necrópolis de los campos de urnas hispanos y a rebajar las fechas iniciales, hasta ahora propuestas, al siglo VIII a. C. No hay que olvidar que en Agullana I la fíbula de doble resorte de la tumba 207, aparecida con una urna con decoración incisa de trazo doble geométrica (31), no puede atribuirse de ninguna manera a una fecha anterior a mediados del siglo VII a. C., y el resto de las necrópolis del Ampurdán, como Punta del Pi, Perelada, Camallera, Capsec, Anglés, etc., son coetáneas o posteriores a Agullana I.

Estas consideraciones, basadas en el análisis de contextos de necrópolis, conducen a admitir una fecha dentro del siglo VIII a. C.

(28) P. BOSCH GIMPERA y J. COLOMINAS ROCA: «La necrópolis de Can Misert (Tarrasa)». Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, VI, 1915-1920, Barcelona, 1923, págs. 582-586.

S. VILASECA ANGUERA: «Nuevos yacimientos tarraconenses con cerámica acanalada». Reus, 1954.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 7.

(29) O. TAFFANEL: «Le Languedoc au Premier Âge du Fer». Journées d'Études de Sète, Sète, 1975.

(30) J. GUILAINE: «L'Âge du Bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège». Mémoires de la Société Préhistorique Française, 9, Paris, 1972, págs. 314-327.

J. GUILAINE: «L'Âge du Bronze Final III en Languedoc au Premier Âge du Fer». Journées d'Études de Sète, Sète, 1976, págs. 10-26.

(31) P. DE PALOL SALELLAS: «La necrópolis hallstättica de Agullana (Gerona)». Bibliotheca Praehistorica Hispana, I, Madrid, 1958.

para los inicios de las necrópolis de incineración en hoyo del Ampurdán y de Cataluña oriental y de los túmulos del Segre y Bajo Aragón, recipiendarios del nuevo rito. Incluso, cabría contemplar si las incineraciones esporádicas del Levante y del sudeste, como los túmulos del horizonte I de Peña Negra de Crevillente, estudiados por A. González Prats (32), así como las cistas y hoyos de incineración almerienses de tipo Querénima, con fíbulas de doble resorte, estudiadas por Siret (33), corresponden a una cronología no anterior al siglo VII a. C., debiéndose cuestionar también si la influencia de la incineración en el sudeste y Levante (Mas de Musols) es de influencia ultrapirenaica o más bien orientalizante.

(32) A. GONZALEZ PRATS: Op. cit en la nota 11.

(33) L. SIRET: «Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes». Memoria de la Real Academia de la Historia, XIV, 1907, Madrid, 1908.

